

Restall, Matthew,

Los siete mitos de la conquista española

trad. de Marta Pino Moreno, México, Paidós,

2005.

## Capítulo 1

### Un puñado de aventureros *El mito de los hombres excepcionales*

Mr. Christopher Columbus,  
sailed the seas without a compass.  
Well, when his men began a rumpus,  
up spoke Christopher Columbus.  
He said, «There is land somewhere,  
so until we get there,  
we will not go wrong,  
if we sing a swing song.  
Since the world is round,  
we'll be safe and sound.  
Till our goal is found,  
we'll just keep a-rhythm bound».  
Soon the crew was makin' merry.  
Then came a yell,  
«Let's drink to Isabel-la!  
Bring on the rum!».  
That music ended all the rumpus.  
Wise old Christopher Columbus.\*

ANDY RAZAF (1936)

\* El señor Cristóbal Colón, / sin brújula zarpó. Pero / cuando la tripulación jaleo armó, / su voz alzó Cristóbal Colón. / Y dijo: «Hay tierra en algún lugar, / y hasta que allí arribemos, / yerro no cometeremos, / siempre que cantemos una alegre canción. / Como el mundo es redondo, / sanos y salvos seguiremos. / Hasta arribar al objetivo, / mantendremos el ritmo». / Los marineros armaron gran juerga. / Y alguien gritó: / «¡Bendemos por Isabel! / ¡Trae aquí el ron!». / Y así la música aplacó la rebelión, / gracias al sabio Cristóbal Colón. (N. de la t.)

¿Cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir a conquistar lo no visto ni sabido? Y ¿quién se igualará con los de España? No por cierto los Judíos, Griegos ni Romanos, de quien más que de todos se escribe.

FRANCISCO DE XEREZ (1534)

Hasta esos extremos de ciega parcialidad puede llegar el hombre, que no se interesa tanto por la verdad de la historia cuanto por la fama de sus criaturas.

AARON GOODRICH (1874)

Uno de los grandes temas de la historiografía de los últimos cinco siglos es la consideración del descubrimiento europeo de América como uno de los dos acontecimientos más importantes de la historia humana. El primer testimonio impreso que refleja tal opinión es probablemente el del filósofo de Padua Lazzaro Buonamico, que en 1539 afirmó que nada había honrado tanto a la humanidad «como la invención de la imprenta y el descubrimiento del nuevo mundo; dos cosas que siempre he juzgado comparables, no sólo a la Antigüedad, sino también a la inmortalidad». Una opinión similar, más célebre, es la que expresó en 1552 Francisco López de Gómara, secretario privado y biógrafo oficial de Hernán Cortés: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y la muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».<sup>1</sup>

En el siglo XVIII el «descubrimiento» pasó a compartir la posición número uno con otro logro europeo relacionado con él.<sup>2</sup> «Ningún acontecimiento —escribió el filósofo francés Abbé Raynal en 1770— ha sido tan interesante para la humanidad en general [...] como el descubrimiento del nuevo mundo y el paso hacia la India por el Cabo de Buena Esperanza.» Seis años después, el economista Adam Smith formulaba de modo aún más radical la misma opinión, al declarar que «el descubrimiento de América y el paso hacia las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza son los acontecimientos más importantes de la historia humana».<sup>3</sup>

En la versión más reciente del tema, el descubrimiento ha adquirido un compañero propio de los tiempos modernos. En los albores de la era del espacio, en 1959, el intelectual e historiador Lewis Hanke centró sus

estudios no en el descubrimiento en sí, sino en el consecuente debate sobre los indígenas americanos. «Por muy lejos que lleguen nuestros cohetes en el espacio exterior —señaló—, ¿podrán descubrirse, acaso, problemas más significativos que los que intranquilizaron a muchos españoles durante la conquista de América?» Con un talante similar, más de una década después de que el hombre pisase la luna, el semiótico Tzvetan Todorov afirmó que los viajes de los astronautas tenían una significación secundaria, porque no conllevaban «ningún tipo de encuentro». En cambio, «el descubrimiento de América, o de los americanos, es sin duda el encuentro más sorprendente de nuestra historia».<sup>4</sup>

La conexión entre navegación marítima y espacial se refleja de modo particularmente explícito en el Smithsonian's National Air and Space Museum. En una exposición titulada «Where next, Columbus?», se muestran las principales exploraciones realizadas por el hombre en un itinerario que se inicia con los viajes trasatlánticos de Colón, continúa con la colonización europea de la zona occidental de Norteamérica, y alcanza su clímax en el viaje espacial. Un gráfico de la exposición muestra incluso a Colón y la luna en la misma constelación.<sup>5</sup>

Esa imagen ilustra un segundo tema que desde tiempos de Colón corre parejo con el del «mayor acontecimiento». Se trata de la caracterización del descubrimiento europeo y la conquista de América como un logro de unos cuantos hombres eminentes. Este tema puede sintetizarse también en una frase reproducida hasta la saciedad: «Un puñado de aventureros». Esta interpretación tiene su origen en el período de la conquista, y las primeras versiones de la frase se remontan al siglo XVIII. Denis Diderot, por ejemplo, describió a los conquistadores como un mero «puñado de hombres».<sup>6</sup> La versión que he elegido como emblemática para este tema fue acuñada, al parecer, por el gran historiador decimonónico William Prescott, en 1843. La conquista de México, según Prescott, era «la subversión de un gran imperio por un puñado de aventureros».<sup>7</sup> Desde entonces aquella frase y sus variaciones han sido constantes en la bibliografía histórica. La conquista es el relato de «la adquisición de dos imperios por obra de un puñado de españoles»; Cortés y Francisco Pizarro, «al frente de pequeños grupos de aventureros» con «menos de un puñado de hombres», derrotaron poderosos imperios; la conquista de Perú la realizó un grupo de «aventureros iletrados» o «un mero puñado de hombres», y la de México fue obra de «un pequeño contingente de aventureros españoles» o «un grupito varipinto de aventureros españoles».<sup>8</sup>

Estos dos temas conducen inevitablemente a un tercero. Si el mayor acontecimiento de la historia —el descubrimiento y conquista de América por parte de Europa— fue obra de un «puñado de aventureros», ¿cómo lo lograron? En palabras de Francisco de Jerez, conquistador de Perú que en 1534 publicó una historia de la invasión inicial española del imperio inca, «¿cuándo se vieron en los antiguos ni en los modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta?».<sup>9</sup> Los historiadores actuales continúan repitiendo la pregunta de Francisco de Jerez. «¿Qué [...] hizo posible una victoria tan poco plausible?» «¿Cómo lograron vencer pequeños grupos de conquistadores a gobiernos poderosos y multitudinarios?» «¿Cómo es posible que imperios tan poderosos como el azteca o el inca fueran derrotados tan rápidamente por unos centenares de españoles?»<sup>10</sup>

La cuestión representa «uno de los problemas más enigmáticos que han desconcertado a los historiadores».<sup>11</sup> Constituye, de hecho, el núcleo de este libro, no sólo porque las anteriores respuestas aportadas a dicha cuestión contienen, a menudo, elementos de los siete mitos analizados aquí, sino también porque el mero enunciado de la pregunta es en sí profundamente equívoco, es la tapa de la caja de Pandora que encierra los mitos de la conquista. Si se aborda en el marco de los límites circulares de estos tres temas, la cuestión del «cómo» se responde por sí sola. ¿Cómo pudieron tan pocos hombres lograr algo tan grande? Porque eran hombres excepcionales. Éste es el mito que se examina en este primer capítulo.

En 1856 el artista mexicano José María Obregón terminó un cuadro titulado *Inspiración de Colón* (véase la figura 2, pág. 30).<sup>12</sup> Esta obra reproduce los dos elementos principales del mito de Colón: la brillante utilización de la tecnología de la época y, sobre todo, la genialidad de su visión. El origen de tal inspiración es el océano en sí y la intuición de lo que se oculta al otro lado. Colón contempla el horizonte atlántico no como un límite lineal, sino como una puerta curva hacia un nuevo mundo.

En realidad, este cuadro dice mucho más sobre el siglo XIX y la idea de Colón que prevalecía en tiempos de Obregón que sobre el propio Colón en sí. Lo más excepcional de la visión geográfica de Colón era, precisamente, su carácter erróneo. Sus logros fueron consecuencia de la casualidad histórica y de su papel en un proceso históri-

co mucho más amplio. De modo similar, los españoles que atravesaron posteriormente el Atlántico formaban parte de un proceso donde participaron muchos conquistadores potenciales. Ellos y todos los pueblos con que se toparon —y no un simple puñado de grandes hombres supuestamente excelsos— fueron los responsables de los acontecimientos que siguieron.

Cortés y Pizarro son los personajes más famosos de aquel puñado de españoles. El mito de los hombres excepcionales se centra en tres figuras eminentes que todavía disfrutaban de extraordinario reconocimiento en la actualidad, casi medio milenio después de su muerte. En cierto sentido, la celebridad de Colón, Cortés y Pizarro es justificada. Uno descubrió América para los europeos de comienzos de la Edad Moderna, mientras que los otros dos lideraron las primeras expediciones que descubrieron, y en parte destruyeron, los dos principales imperios que había en América a comienzos del siglo XVI (el mexica —o azteca— y el inca). Como señala Colón en la película *1492: La conquista del paraíso*, de sir Ridley Scott, al recapitular los logros de su vida: «El mérito es mío, no vuestro».<sup>13</sup> El imperio español en América fue posible gracias a las proezas de estos tres hombres sólo en el aspecto más superficial. Fue preciso explorar América y sus principales centros de población para construir aquel imperio.

Aunque parece un recurso fácil la utilización de Colón, Cortés y Pizarro como personajes incommensurables que explican en cierto modo toda la conquista, la simplicidad del modelo explica también su reincidencia. Parece ser que es un impulso humano la tendencia a personalizar el pasado, a complicar innecesariamente procesos inteligibles y accesibles, reduciéndolos a un conjunto de personajes emblemáticos y a una determinada versión de sus hazañas. El atractivo adicional de esta reducción es que brinda la oportunidad de modelar la historia y sus protagonistas. Enseguida veremos cómo se desarrolló este proceso en el caso de Colón y Cortés.

Mi objetivo no es desacreditar esta técnica de narración histórica; al fin y al cabo, yo también la utilizo en este libro. Tampoco pretendo construir un relato en el que la acción individual se subordine por completo a las fuerzas estructurales y las causas generales de cambio social. Pero llevado hasta sus últimas consecuencias, el enfoque de los «grandes hombres» ignora la influencia de otros procesos, más generales, de cambio social. No reconoce la relevancia del contexto ni las circunstancias ante las cuales los grandes hombres —lejos de modelarlas a su

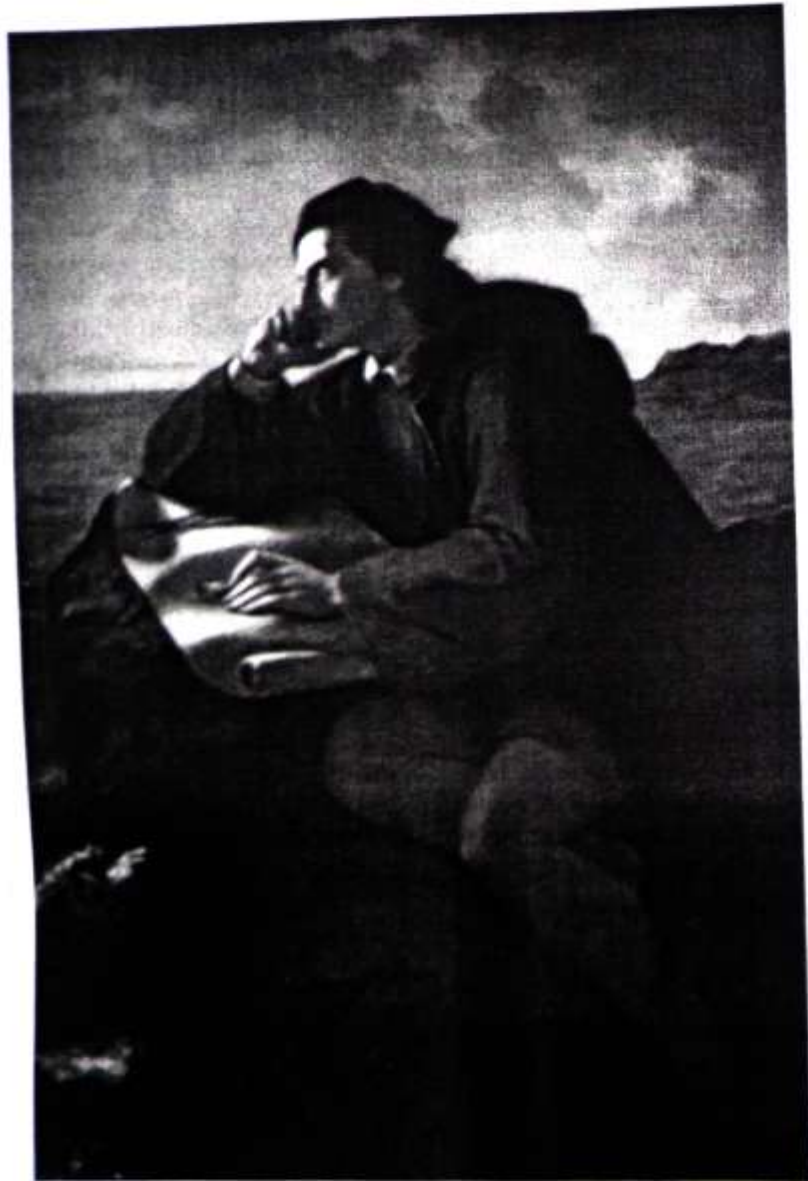


FIGURA 2. José María Obregón, *Inspiración de Colón*, 1856.

antojo— se vieron obligados a reaccionar: acontecimientos, fuerzas militares y muchos otros seres humanos. La atención prestada a unos pocos hombres eminentes relega a un segundo plano a muchos otros individuos de trayectorias similares, salvando las circunstancias históricas —a menudo descritas como accidentes históricos— que los situaron en un tiempo y lugar diferentes. Asimismo oculta casi por completo a los indígenas americanos y africanos que desempeñaron funciones cruciales en aquellos acontecimientos, un factor clave que complica y a la vez ayuda a explicar mejor la historia de la conquista.

La explicación del mito de los hombres excepcionales se desarrollará a lo largo de los siete capítulos, que culminarán en otro mito con el que aquél guarda estrecha relación: el mito de la superioridad. Con todo, este capítulo se adentra ya en la explicación del mito en tres apartados interrelacionados. El primero examina el papel de Colón en el desarrollo del mito. El segundo rastrea el desarrollo de las leyendas del conquistador, principalmente la del más loado, Hernán Cortés, desde los orígenes del mito, en el siglo XVI, hasta la actualidad. La tercera y última sección del capítulo describe en detalle los siete elementos principales de las pautas de acción del conquistador, que no eran exclusivas de aquel puñado de hombres iluminados o brillantes, sino que constituían la práctica estándar de todos los protagonistas de la conquista española.

Es probable que el espectador actual no interprete el cuadro de Obregón como un verdadero retrato histórico de Colón, sino como una alegoría. Aunque el descubridor no dedicase mucho tiempo a la contemplación del Atlántico (excepto quizá durante la travesía), cabe suponer que se inspiró en las posibilidades que ofrecía aquel mar. Algo similar ocurre con la canción de Berry/Razaf, que en cierto nivel es un ingenioso fruto de la era del swing y no debe tomarse demasiado en serio. Por otro lado, el humor de la canción sólo cobra sentido si el oyente ha percibido ya a Colón como un hombre sagaz e iluminado. La letra es una parodia de dicha sagacidad, pues la ocurrencia de celebrar una fiesta para aplacar un motín (idea a duras penas original o iluminada) sólo resulta divertida si uno sabe que el «sabio Cristóbal Colón» era célebre por motivos históricos más relevantes.<sup>14</sup>

Uno de los motivos es lo que el historiador Felipe Fernández-Armesto ha denominado «el infame rumor», esto es, el supuesto cono-

cimiento excepcional de Colón acerca de la forma esférica de la Tierra. Como dice la canción, «Since the world is round, we'll be safe and sound». <sup>15</sup> Esta leyenda constituye un punto de referencia similar para la escena inicial de la película *1492: La conquista del paraíso*, de Ridley Scott, en la que Colón aparece sentado en las rocas mirando al mar, en una pose que recuerda al cuadro de Obregón. Le acompaña uno de sus hijos, un muchacho al que Colón muestra el progresivo alejamiento y la desaparición de un barco en el horizonte. Entretanto, el padre pela una naranja. Ya se interprete como descripción histórica precisa o como alegoría dramática, la escena funciona, una vez más, porque el cineasta presupone que el espectador va a anticipar la significación de la naranja. Como era de prever, cuando la fruta está pelada y el barco desaparece, Colón expresa su brillante relación entre la forma de la naranja y la del mundo: «¿Qué te dije? Es redondo. Como esta fruta. ¡Redondo!». <sup>16</sup>

Un historiador, Jeffrey Burton Russell, ha escrito un libro sobre este aspecto del mito de Colón, cuyos orígenes sitúa en el relato de Washington Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, de 1828. Irving narra en detalle un debate celebrado en Salamanca el año 1486 entre Colón y un grupo de sabios españoles, profesores, frailes y otros eclesiásticos que apelaban a las antiguas autoridades para sostener que la tierra era plana. Colón, audaz iluminado, se arriesgó a ser condenado por herejía al defender su posición acerca de la esfericidad de la tierra. Esta escena fue repetida en diversas versiones por historiadores de los cien años siguientes.

El problema es que tal escena era, en gran parte, imaginaria. La reunión de Salamanca, que se celebró en 1486 o en 1487, y en la que sólo se ha identificado con certeza a dos participantes, versó en realidad sobre el tamaño del océano por el oeste, pues Colón sostenía erróneamente que la distancia de España a Asia era menor de lo que pensaban las autoridades. «Todos coincidían en que lo que afirmaba el almirante no podía ser cierto», declaró posteriormente uno de los profesores presentes. Y no se equivocaban ni en ese punto ni en la creencia de que la tierra era redonda, una idea compartida por todos los europeos cultos de la época. Aunque Samuel Eliot Morison, en su célebre biografía de Colón de 1942, señaló que el debate sobre si la tierra era plana era una sarta de «pamplinas», el mito arraigó y hoy todavía se resiste a su erradicación. <sup>17</sup>

Como ha observado recientemente Umberto Eco, a la pregunta de «qué quería probar Cristóbal Colón» la mayoría de la gente responderá que «Colón creía que la tierra era redonda, mientras que los sabios

salmantinos pensaban que era plana y que, por tanto, las tres carabelas se hundirían en el abismo cósmico después de recorrer una corta distancia». <sup>18</sup> Si bien los hombres de Salamanca tenían razón (acerca del tamaño de la tierra), se equivocaban (en lo que había al oeste). Y aunque Colón se equivocaba (acerca del tamaño de la tierra), tenía razón (en que encontraría tierra si navegaba hacia el oeste). Al final, si Colón se obstinó en el error y logró salir airoso no fue por la intuición y el genio que le atribuyen los mitos posteriores, sino (en palabras de Eco) «gracias a la serendipia». <sup>19</sup>

Tal vez fue serendipia, sí, pero también un proceso histórico. Con el fin de comprender cómo encaja Colón en el mito de los hombres excepcionales, debemos situar su figura en el contexto de dos procesos históricos distintos. El primero es el proceso de expansión portuguesa por el Atlántico en el siglo XV. El segundo es el proceso de construcción del mito moderno de Colón en el mundo anglófono durante el siglo XIX.

Colón tenía profundos vínculos con Portugal. A pesar de que era genovés de nacimiento y la patrocinadora de sus viajes por el Atlántico era la reina Isabel de Castilla, Colón pasó en Portugal gran parte de su vida, desde la década de 1470. A finales de aquella década contrajo matrimonio con la hija de un colonizador portugués por tierras del Atlántico, y reiteradas veces solicitó el amparo de la monarquía portuguesa antes y después del primer acercamiento a la corona de Castilla.

Los vínculos con Portugal tienden a ignorarse en las representaciones populares de Colón por varios motivos. Uno es el hecho evidente de que el contrato final de Colón con Isabel propició, a lo largo del siglo XVI, conquistas mucho más españolas que portuguesas en América. Otro es la versión tópica de la historia enseñada en las escuelas, que se inspira en el desarrollo decimonónico del mito de Colón. <sup>20</sup> Pero también cabe atribuir a Colón parte de la responsabilidad. Los años que pasó como extranjero que hacía proselitismo de sus ideas erróneas acerca del tamaño de la tierra fomentaron una imagen de distinción individual, teñida de paranoia, que él no dudó en promover también por escrito. «La imagen del hombre solitario predestinado —señala Fernández-Armesto— que se enfrenta a la ortodoxia para cumplir un sueño que se anticipa a su tiempo deriva de la imagen que difundió Colón de sí mismo, la imagen de foráneo insociable, ridiculizado por la clase social y científica dominante, reacia a aceptarlo.» <sup>21</sup> En consecuencia, los propios textos de Colón han sido caldo de cultivo de leyendas y mitos sobre su personaje, y ahí se incluye la omisión del contexto portugués.

El contexto es importante, porque si se tiene en cuenta el Portugal de épocas anteriores y el de los años que pasó Colón allí, se descubre hasta qué punto el navegante genovés no tenía ni un único proyecto ni una única visión ni un modelo único de inspiración.<sup>22</sup> Muchos otros crearon y favorecieron el proceso de expansión en que se inscribe el almirante. Ya doscientos años antes de que Colón cruzase el Atlántico, las flotas de Europa meridional salieron de las aguas mediterráneas para explorar el Atlántico. Los hermanos Vivaldi zarparon del puerto de Génova en 1291 con rumbo a Occidente, en un viaje que al final fue sólo de ida. Posteriormente, en el siglo XIV y comienzos del XV, se abrió una nueva zona de navegación delimitada por las Azores por el norte, las islas Canarias por el sur, y las costas ibérica y africana por el este.<sup>23</sup>

Por último, a partir de la década de 1420, se abrió y cartografió un nuevo ámbito de exploración y navegación por el atlántico central y occidental. En las décadas de 1450 y 1460 se descubrieron nuevas islas como Flores, Corvo, las de Cabo Verde y las del Golfo de Guinea. Se colonizaron Madeira y Canarias, territorios que se convirtieron en colonias de plantación de azúcar; en 1478 la primera llegó a ser el primer productor de azúcar del mundo occidental. Los mapas de la época muestran la importancia y amplitud del descubrimiento del espacio atlántico; la especulación sobre las tierras y rasgos del océano es la característica más destacable de la cartografía del siglo XV.<sup>24</sup>

Aunque los hombres de las ciudades-estado italianas participaron desde el principio en el proceso, y Castilla se implicó cada vez más (sobre todo desde finales del siglo XIV, en la rivalidad por el control de las Canarias), fue Portugal el que dominó esta expansión. Los navegantes italianos fueron invitados regularmente por la monarquía portuguesa (posteriormente también los flamencos) a participar en la exploración, lo cual permitió que el nuevo imperio portugués controlase la colonización atlántica (excepto en el caso de Canarias) y el proyecto de expansión.<sup>25</sup>

Este proyecto preveía realizar el trazado progresivo del litoral africano con la intención de rodear el pie del continente y abrir una ruta hacia las Indias orientales. En 1486 los portugueses confiaban tanto en el éxito inminente de su empresa, que su embajador en el Vaticano, Vasco Fernandes de Lucena, describió aquel empeño ante el Papa Inocencio VII, durante su coronación, como algo digno de bendición inmediata. En vista de la exploración portuguesa realizada hasta el momento, el embajador percibía «cuántas y cuán generosas fortunas, ho-

nores y gloria se sucederán no sólo para la Cristiandad, sino también [...] para la Santa Sede». El discurso funcionó, pues al año siguiente el Papa emitió una de las llamadas bulas de expansión, que perdonaban a los portugueses sus ambiciones imperiales.<sup>26</sup>

Colón intentó formar parte de este proceso durante las dos últimas décadas del siglo XV, mientras su desesperación iba *in crescendo*. Tardó tiempo en conseguirlo porque carecía de los contactos y la capacidad persuasiva de otros navegantes. Aun después de regresar de su primera travesía del Atlántico, la magnitud de sus logros era cuestionada y cuestionable en el contexto de su época. Las islas que había descubierto (en el Caribe) pertenecían a la zona asignada a los portugueses por la bula papal de 1486. Y aunque en 1494 el papado arbitró un tratado entre Portugal y Castilla que redefinía las zonas, en los últimos años del siglo XV se hizo cada vez más patente que Colón no había encontrado la ansiada ruta marítima hacia las Indias orientales, sino que había mentido a la reina Isabel en ese punto. Después, en 1499, Vasco da Gama regresó de su viaje por el Cabo y quedó claro que los portugueses habían vencido en aquella contienda.

La carrera de Colón se vio menoscabada de manera irreversible. Su testimonio, que aseguraba haber descubierto islas asiáticas —y por tanto la ansiada ruta marítima hacia las Indias orientales—, parecía poco fidedigno ante la evidencia, cada vez más irrefutable, de que se trataba de islas totalmente nuevas. Colón parecía aferrarse a la mentira para no perder sus honorarios contractuales. Cuando la corona de Castilla comprendió la magnitud de su fracaso y de su engaño, envió un agente al Caribe para detener a Colón y traerlo de vuelta a España encadenado. Aunque posteriormente se le permitió cruzar el Atlántico, se le prohibió visitar el Caribe y se le retiraron los títulos de Almirante y Virrey de las Indias, títulos que exigió en el contrato inicial y posiblemente eran el objetivo final de su carrera. Entretanto, tales títulos fueron concedidos por la corona portuguesa a Vasco da Gama.<sup>27</sup>

El hecho de que los viajes de Colón, y no los de Vasco da Gama, cambiasen la historia del mundo no es mérito del genovés. Sus descubrimientos fueron una consecuencia geográfica accidental de la expansión portuguesa iniciada dos siglos antes, así como de la rivalidad entre Castilla y Portugal, más antigua que el propio Colón, en la búsqueda de una ruta marítima hacia las Indias orientales. Además, si Colón no hubiera llegado a América, cualquier otro navegante lo habría logrado en menos de una década.<sup>28</sup> De manera similar, en 1500 el portugués Pedro

lón pasó a ser fiesta oficial y, en 1992, suscitó una controversia casi tan grande como las celebraciones del siglo anterior. Ya sea vilipendiado o ensalzado como héroe, nuestro Colón —el del mito, la historia y el debate de nuestro tiempo— no es un hombre del siglo XV, sino del XX, y con un barniz del siglo XXI.<sup>36</sup>

Si Colón es el principal icono del descubrimiento, Cortés lo es de la conquista. ¿Cómo alcanzó Cortés —y, en menor medida, Francisco Pizarro y otros conquistadores— el rango de icono histórico?

El historiador mexicano Enrique Florescano ha observado que la conquista dio origen a un nuevo protagonista de la acción y la narración históricas, el conquistador, y con él a un nuevo discurso histórico que mostraba un nuevo modo de ver y representar el pasado.<sup>37</sup> El discurso histórico de los conquistadores tal vez era nuevo en su aplicación a América, pero en realidad se basaba en un género de documento desarrollado por los ibéricos antes de llegar al Nuevo Mundo. Se trata del informe que enviaban los conquistadores a la corona tras concluir sus misiones de exploración, conquista y colonización. Tales informes tenían una doble finalidad. Por una parte, servían para informar al monarca de los acontecimientos y las nuevas tierras adquiridas, sobre todo si éstas contenían los dos elementos más ansiados para la fase de colonización: poblaciones indígenas asentadas y metales preciosos. La segunda finalidad era la petición de recompensas en forma de cargos, títulos y estipendios. De ahí el término español que designa dicho género de documento: «probanza de mérito».<sup>38</sup>

La naturaleza y finalidad de las probanzas obligaba a sus autores a engrandecer sus propias hazañas e infravalorar o ignorar las de los demás, eliminando a su favor los procesos o pautas ajenos o bien las acciones y logros individuales. Gran parte de la mitología de la conquista aparece en estos informes: los españoles como seres superiores bendecidos por la divina providencia, la invisibilidad de los africanos y aliados indígenas, la premura por concluir cuanto antes la conquista, y sobre todo la interpretación de la conquista como el logro de individuos audaces y sacrificados.

Las probanzas son también importantes desde el punto de vista cuantitativo. Se conservan millares en el gran archivo imperial de Sevilla, y aún más en Madrid, Ciudad de México, Lima y otros lugares. Además de los documentos que se presentan como *probanzas* y cumplen es-

trictamente las convenciones, había también otros tipos de informes que presentan muchas características propias de las probanzas: las relaciones, cartas y cartas de relación. Por lo general, las probanzas y relaciones iban dirigidas al rey, aunque a veces también se remitían a otros oficiales reales, que ejercían de intermediarios con el monarca.

Uno de los solicitantes mejor relacionados tenía esperanzas de que el propio rey leyese sus cartas. Tales informes solían ser breves —una o dos páginas—, de estilo rígido, convencional, entreverado de fórmulas establecidas, y recibían escasa atención por parte de los funcionarios reales, que los archivaron hasta que los historiadores del siglo XX redescubrieron aquellos documentos. Muchos ni siquiera se leyeron en la época. Pero una minoría influyente alcanzó gran difusión, bien a través de publicaciones en forma de testimonios de la conquista, bien elaborados como historias en el período colonial. Por ejemplo, las célebres cartas de Cortés al rey, que eran en realidad una serie de probanzas, se publicaron poco después de la llegada de las misivas a España. De ese modo se difundió la idea de que la conquista era un logro de Cortés. Las cartas, traducidas al menos a cinco lenguas, se vendieron tan bien que la corona las prohibió por temor a que el culto al conquistador se convirtiera en una amenaza política. Las cartas continuaron circulando de todas formas, y los admiradores posteriores viajaron como peregrinos a la residencia española de Cortés. Se fomentó también el culto a Cortés con la hagiografía de Gómara de 1552, una obra que la corona intentó suprimir.<sup>39</sup>

La publicación de probanzas como textos epistolares y la intervención de la corona en su supervisión o supresión tenían ya abundantes precedentes. Pocos meses después del regreso de Colón a España, tras su primera travesía atlántica, se publicó en español, italiano (versiones en prosa y verso) y latín una carta supuestamente escrita por él, pero redactada en realidad por los oficiales reales a partir de un documento del navegante. La publicación sirvió para divulgar el «descubrimiento» como un logro español que destacaba el mérito de los monarcas españoles y del propio Colón, en calidad de agente real.<sup>40</sup> Curiosamente, la versión publicada se asemejaba más a una probanza que la original de Colón, pues el genovés no estaba muy familiarizado con los géneros castellanos.

La historia de la conquista de México de Bernal Díaz, quizá el relato de conquista más conocido, raras veces se interpreta como lo que es en realidad, a saber, una probanza monumental cuya longitud absurda (más de 600 páginas en su forma impresa) era garantía de que no sería



FIGURAS 3 y 4 (arriba y página siguiente). Frontispicios de Gabriel Lasso de la Vega, *Cortés valeroso*, y *Mexicana* (1588). Las imágenes establecen un contraste entre el hombre de armas «invencible» de 63 años, que alza la vista al cielo, y el hombre de letras joven, con gorguera, que fija la vista en el lector. El escudo de armas de Cortés se completa con los símbolos propios de su estatus; el de Lasso de la Vega, en cambio, es un escudo en blanco.

Lasso de la Vega (véanse las figuras 3 y 4), las más influyentes fueron las de Cortés, Gómara y Díaz.<sup>54</sup> Su efecto fue la magnificación de Cortés como conquistador emblemático, así como la lectura de la conquista de México como símbolo y modelo de toda la conquista, de modo que se relegaba a Colón y Pizarro a un segundo plano, a la sombra de Cortés, y otras conquistas y conquistadores quedaban casi eclipsados.

Durante siglos, las fuentes habituales de la conquista y temas afines eran los informes de Colón y Cortés, las crónicas similares de otros con-



quistadores, y las historias coloniales basadas en aquellos documentos.<sup>55</sup> Estas historias solían amoldarse a las convenciones de la ideología imperial española, de modo que muchos de los textos más controvertidos no se publicaron hasta después del período colonial. Las obras más extensas de Bartolomé de las Casas, por ejemplo, la *Historia general de las Indias* y *La apologética historia sumaria*, se publicaron por primera vez en 1875 y 1909, y sus *Memoriales* no vieron la luz hasta 1848 y 1903, respectivamente.<sup>56</sup>

Pero el siglo XIX apenas contribuyó a desentrañar el mito de Cortés y demás «grandes hombres» responsables de la conquista. Esto se debió, en parte, a la tercera fase cronológica de desarrollo del mito abordado en este capítulo, a saber, el éxito de las historias de la conquista de México y Perú, de William Prescott. Al igual que la versión de Gómara, el relato de Prescott sobre la historia mexicana no termina con la



caída de Tenochtitlán, sino en un momento posterior, con la muerte de Cortés. Como reconocía el propio Prescott: «Los dos pilares que sustentan la historia de la conquista son las Crónicas de Gómara y Bernal Díaz». Para Prescott, ambas crónicas se compensaban mutuamente, de modo que si bien Díaz «expone libremente la astucia o codicia [de Cortés], y a veces su crueldad, también hace justicia a sus cualidades heroicas y excelsas».<sup>57</sup>

Los libros de Prescott reelaboraron los mitos de la conquista basados en las probanzas, relaciones y cartas de los conquistadores, y fueron formalizados por los cronistas coloniales como una ideología de justificación imperial. Prescott los presentaba a un público ansioso por leer que un «puñado» de europeos, gracias a sus superiores cualidades intrínsecas, venció a un nutrido ejército de indígenas bárbaros a pesar de la desigualdad de fuerzas y demás adversidades.<sup>58</sup> Los lectores de la época estaban habituados ya a las versiones europeas y norteamericanas de la ideología imperial y expansionista del siglo XIX. Las conquistas españolas de Prescott eran verosímiles y reconfortantes, al tiempo que el catolicismo de los conquistadores brindaba al autor y a los lectores protestantes una fácil explicación de los actos de crueldad u otros excesos ocasionales y desafortunados.

Aunque Prescott escribió sus historias de la conquista hace un siglo y medio, todavía se publican y se leen en la actualidad.<sup>59</sup> Además, su influencia es evidente, en parte porque se combina con la tendencia cultural (que influyó en el propio Prescott) hacia la descripción de las conquistas europeas como logros personalizados en grandes líderes.<sup>60</sup> Un buen ejemplo de la longevidad de la visión prescottiana sobre la conquista es la obra de Hugh Thomas titulada *La conquista de México*, que ha conocido gran éxito de ventas en varias lenguas desde su publicación en 1995. Aunque Thomas recurre a fuentes indígenas y ha realizado alguna investigación de archivo, su libro se basa sobre todo en fuentes españolas y proyecta una perspectiva tradicional sobre los acontecimientos. Como sugiere el subtítulo original —*Montezuma, Cortés, and the fall of Old Mexico*—, el libro reproduce el apasionante relato de Bernal Díaz al enfatizar las intrigas y el impacto decisivo de los líderes españoles e indígenas mexicanos, principalmente los primeros.<sup>61</sup>

El libro de Thomas contiene los elementos clave de aquella visión de la conquista que se remonta a Cortés y las probanzas de los conquistadores, pasando por Prescott y Gómara. Tales elementos son la estructuración de la conquista como un relato claro que conduce inexo-

rablemente a la victoria, una explicación de la conquista que en última instancia pretende demostrar la superioridad de la civilización española, una glorificación de Cortés, y un refrendo del mito de que la conquista fue posible gracias a unos pocos hombres eminentes y excepcionales.<sup>62</sup>

Poco después del desembarco en la costa del Golfo de México en 1519, en una operación sistemáticamente aclamada por su audacia y brillantez, Cortés quemó las naves. En realidad, no lo hizo. Los barcos se hundieron y al menos uno simplemente encalló. Pero en 1546 Cervantes de Salazar aludió a la quema de las naves de Cortés en un texto impreso y, desde entonces, la imagen se perpetuó.<sup>63</sup>

El mito de la quema de las naves no sólo refleja la existencia de numerosas leyendas pequeñas dentro de los grandes mitos, sino que ilustra también cómo todas las acciones de Cortés se han interpretado como indicios de su excepcionalidad.<sup>64</sup> Por lo que se refiere a la destrucción de los barcos, Francisco de Montejo hizo lo mismo en 1527 en la costa de Yucatán.<sup>65</sup> Pudo haber sido imitación de Cortés, pues no cabe duda de que éste influyó en otros conquistadores, bien por la experiencia común de la invasión del imperio mexica, bien a través de la lectura de las ediciones publicadas de sus cartas al rey. Sin embargo, con excesiva frecuencia y sin pruebas directas, las hazañas de los conquistadores después de la invasión de México en 1519-1521 se interpretan deliberadamente como imitaciones de Cortés, mientras que se ignoran las pautas anteriores a 1519.

La posición clásica se sintetiza bien en esta frase escrita en 1966 por Charles Gibson, uno de los historiadores de la colonización latinoamericana más eminentes de su generación: «Aunque ningún otro conquistador compitió con Cortés en destreza militar o en la capacidad de controlar la conquista posterior, todas las campañas sucesivas tomaron como modelo, hasta cierto punto, la conquista del imperio azteca».<sup>66</sup> Esta imagen de Cortés como excepción y arquetipo se ha expresado de diversas formas en los textos de numerosos autores, que consideran a Cortés «incomparable» por su peculiar combinación de destrezas, o lo describen como «hombre sumamente dotado» que fue «el primero en tomar conciencia política, e incluso histórica, de sus acciones». Sin Cortés «probablemente no habría habido conquista», pues él «inventó el sueño del oro y el nuevo poder que cautivó a quienes lo siguieron».<sup>67</sup>

En realidad, Cortés siguió los procedimientos de conquista de origen ibérico, que eran anteriores al descubrimiento y se consolidaron durante la fase de conquista caribeña (1492-1521). Estas rutinas se desarrollaron en los siglos XVI y XVII no porque todos los conquistadores emulasen a Cortés —si bien algunos creían seguir su modelo—, sino porque a los españoles les interesaba justificar sus acciones y dotarlas de un barniz legalista, citando y respetando los precedentes aceptados. El modelo de conquista fue un procedimiento seguido por muchos hombres, no un conjunto de acciones excepcionales de unos pocos.<sup>68</sup>

El primer aspecto del procedimiento de conquista era el uso de medidas legalistas para dotar la expedición de una aparente validez. Tales medidas solían consistir en la lectura de un documento legal, generalmente una licencia de conquista o el llamado «requerimiento», absurda petición de sumisión que debía leerse a los ejércitos o comunidades indígenas antes del inicio de las hostilidades. También era habitual la declaración de una concesión territorial formal. Por último, otra de las medidas típicamente legalistas era la fundación de una ciudad. Los españoles concedían gran relevancia al asentamiento en ciudades, que equiparaban a la civilización, el estatus social y la seguridad, de manera que el gesto estaba cargado de simbolismo tranquilizador para los conquistadores. El asentamiento urbano concedía también a un determinado grupo de conquistadores la posibilidad de convertirse en cabildo, y adquirir así el estatus suficiente para adoptar cierto tipo de resoluciones, promulgar leyes o tomar otras decisiones con validez jurídica.

El ejemplo más famoso de este proceso es la fundación de Veracruz, en la costa del Golfo de México, por parte de Cortés y sus capitanes. El cabildo recién creado escribió a la corona para declarar que «lo mejor que a todos nos parecía era que en nombre de vuestras reales altezas, se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen».<sup>69</sup>

En realidad, la finalidad de la imaginaria Veracruz no era emprender la construcción de una ciudad, sino establecer una nueva base de autoridad que reemplazase a la otorgada a Cortés por su señor, el gobernador de Cuba. Es un caso famoso, pero no único; durante las fases de exploración e invasión, los conquistadores solían «fundar» ciudades, asentamientos que no se construían en el momento, o a veces nunca, pero que de manera figurada marcaban el territorio como concesión legal, propiedad de los líderes de la expedición. Las primeras ciudades del Caribe, como Santo Domingo y la Habana, se fundaron dos o tres

veces antes de convertirse en asentamientos permanentes. Francisco de Montejo fundó al menos cuatro asentamientos en la costa de Yucatán con el nombre de Salamanca, su ciudad natal; de ellos sólo llegó a construirse uno y ninguno conservó aquel nombre, pero los supuestos asentamientos conferían una apariencia legalista a sus informes, donde exageraba el progreso de sus expediciones.<sup>70</sup>

La finalidad de Veracruz, ciudad que en 1519 sólo existía como nombre, nos lleva al segundo aspecto del procedimiento de conquista: el recurso a una autoridad superior, por lo general el propio rey. En el fragmento citado, el cabildo de Veracruz, que representaba los intereses de Cortés y su facción dentro de la expedición, declara que fundar una ciudad es «mejor» que cumplir las órdenes de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, señor de Cortés y de su expedición. Tales órdenes eran, en las insidiosas palabras de la carta remitida a la corona, «rescatar todo el oro que pudiese, y rescatado, volverse con todo ello a la isla Fernandina [Cuba], para gozar solamente de ello el dicho Diego Velázquez y el dicho capitán [Cortés]».<sup>71</sup> Al defender un procedimiento diferente al establecido, Cortés se presenta como un individuo que renuncia, desinteresadamente, al disfrute de su colaboración con Velázquez, en beneficio de la corona. Pero lo cierto es que Cortés necesitaba la aprobación directa de la corona para erigirse en gobernador de la primera tierra que lograra conquistar. Sus estrategias no reflejan tanto una supuesta habilidad política cuanto la naturaleza de su posición legal. En otras palabras, Velázquez contaba con la aprobación de la corona para explorar (y estaba a punto de recibir también la licencia de conquista), y Cortés necesitaba tal autorización para ser gobernador. Con tal objetivo, traicionó a Velázquez, escribió directamente al rey, envió agentes para que discutieran su caso en la corte, y hundió los barcos restantes para impedir que los leales a Velázquez huyesen subrepticamente a Cuba para advertirle de la traición, justo el tipo de reacción lógica, predecible y normal de un conquistador ante la situación.<sup>72</sup>

Uno de los agentes enviados a España era Francisco de Montejo, quien a su vez también procuraba sortear la influencia de Cortés, con el fin de obtener directamente del rey un permiso de conquista para sus propios fines. Así pues, mientras negociaba en la corte a comienzos de la década de 1520 en nombre de Cortés, Montejo conspiraba para que Yucatán se definiese como territorio independiente de México, donde él fuera el beneficiario de una licencia de conquista específica, objetivo que consiguió en 1526.<sup>73</sup> De manera similar, la conquista de Perú se ini-

ció con las expediciones de exploración de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que fueron enviados a la costa del Pacífico por Pedrarias de Ávila, gobernador de Panamá y Nicaragua. En los viajes de 1524-1528 por la costa septentrional del Pacífico, en Sudamérica, Pizarro descubrió que la riqueza de la región, tanto en recursos como en pueblos indígenas, bien valía un viaje de regreso a España con el fin de adquirir una licencia de conquista propia. Pedrarias había muerto, pero para Pizarro era importante impedir que se le adelantasen sus candidatos potenciales, es decir, el sucesor del gobernador, Pedro de los Ríos, y su propio compañero, Almagro.<sup>74</sup>

Cuando regresó a América en 1530 con una larga lista de títulos y prebendas para sí, y ninguno para Almagro, se evidenció que Francisco Pizarro había traicionado vilmente a su compañero. Aunque se fraguó entre ambos una extrema rivalidad (Pizarro ordenó la ejecución de Almagro en 1537 y, cuatro años después, el hijo de Almagro dio muerte a Pizarro), la traición de Pizarro no debe entenderse como un rasgo de su carácter individual. Tampoco conviene atribuir al rencor personal los esfuerzos de Almagro por arrebatar Perú a Pizarro. Los dos seguían los procedimientos normales para alcanzar el objetivo final de todo conquistador, a saber, el cargo de gobernador de una provincia imperial, con autorización del rey. Como señaló Francisco Pizarro en una carta unos días antes de ser asesinado, el título de gobernador de Perú era lo más importante para él, pues consideraba que sin él todos sus servicios y esfuerzos habrían sido en vano.<sup>75</sup>

Otro ejemplo de recurso al rey como procedimiento típico de conquista ocurrió cuando Gonzalo Pizarro (hermano de Francisco) lideró una vasta expedición hacia el este, desde Quito hasta la Amazonia, a través de los Andes, en 1540. Los rigores del terreno agotaron a los españoles y a sus ayudantes africanos e indígenas, y en vista de que las víctimas mortales no cesaban de aumentar, fue preciso interrumpir la expedición. Uno de los capitanes de la compañía, Francisco de Orellana, fue enviado como avanzadilla por el río en busca de alimentos. Él y su reducido grupo nunca regresaron, sino que lograron navegar por el Amazonas hasta el Atlántico, desde donde continuaron hacia el Caribe, y luego prosiguieron hasta España. Pizarro, entretanto, esperó semanas hasta que decidió regresar a Quito a duras penas.

Según Orellana, la corriente del río le impidió regresar al lugar donde le esperaban Gonzalo Pizarro y el cuerpo principal de supervivientes de la expedición. Según la versión de Pizarro, Orellana lo abandonó de mo-

do deliberado y traicionero. Los cronistas coloniales se posicionaron del lado de Pizarro, y los historiadores posteriores siguieron la misma línea. Prescott, por ejemplo, acusó a Orellana de abandonar a sus «desgraciados camaradas [...] en la jungla»; la «gloria del descubrimiento» del Amazonas fue «estéril [y] sin duda no compensada por las circunstancias injustas que lo rodearon». En la década de 1950 el escritor inglés George Millar escribió una apología en favor de Orellana, que arrastraba desde hacía siglos una injusta reputación de «canalla, o incluso de cobarde». Los historiadores del último medio siglo apenas han contribuido a deshacer, siguiendo la rara senda abierta por Millar, la calificación —acuñada por Gonzalo Pizarro— de Orellana como «el peor traidor que ha existido». La mayoría lo ignoró; es inusual la proclividad de Michael Wood hacia dicho personaje en su reciente serie televisiva titulada *Conquistadors*.<sup>76</sup>

Pero la maniobra de Orellana no fue ni heroica ni traidora. Al margen de que fuera o no capaz de remontar el río para reunirse con Pizarro, su voluntad de continuar solo, la posterior defensa de sus acciones, y la adquisición de un permiso de conquista en España para regresar al Amazonas en calidad de «adelantado» (conquistador autorizado) son modos de actuación coherentes con las pautas de conquista típicas del conquistador.<sup>77</sup>

La finalidad de la expedición de Gonzalo Pizarro en los Andes era localizar la mina de oro recogida en la leyenda de El Dorado, lo cual nos lleva al tercer aspecto característico del procedimiento de conquista. Nos referimos a la búsqueda de metales preciosos, sobre todo oro, seguido de plata en el orden de preferencias. Este aspecto del procedimiento de conquista se ha descrito con menor frecuencia como una estrategia excepcional u original de Cortés o de los restantes conquistadores famosos. Por el contrario, se ha atribuido acertadamente a todos los miembros de las expediciones españolas. Pero en este caso ha habido también un error de interpretación, pues la «sed de oro» española constituye una de las múltiples leyendas o minimitos de la conquista. Se ha descrito a los conquistadores como individuos «movidos por el deseo de oro» o por una «codicia» que «recuerda mucho a la psicosis colectiva que aquejaba a los buscadores de oro californianos a mediados del siglo XIX». En palabras de otro estudioso, los colonizadores españoles «sólo se dedicaban a buscar oro, y esta frenética búsqueda de metales preciosos, joyas y perlas les impedía emprender ninguna actividad económica productiva».<sup>78</sup>

Tal planteamiento no explica el funcionamiento de la economía durante el primer período colonial, ni la relevancia de los metales preciosos en aquel sistema. Para Pizarro la «cosa más importante» no era el oro, sino el cargo de gobernador. Sin embargo, necesitaba encontrar oro para que el territorio de gobernación mereciera la pena. Desde una perspectiva más general, los españoles no tenían interés en el metal en sí, o al menos no más que el que revisten hoy las tarjetas de crédito, en tanto que objetos. Los artefactos de oro bien tallado recogidos en Cajamarca y otros lugares se llevaban a la fundición, de acuerdo con un procedimiento sistemático aplicado después de las conquistas, que permitía pagar las cuotas, saldar las deudas y obtener créditos. Para los españoles, lo importante era el valor y la capacidad adquisitiva del oro y la plata. Concebían los metales preciosos como dinero —las remesas enviadas por mar se denominaban «dineros»— y fundamento del sistema crediticio que sustentaba la actividad de los conquistadores.<sup>79</sup>

La denodada búsqueda de metales preciosos por parte de los españoles se debía a que el oro y la plata no eran sólo la fuente predilecta de riqueza, sino los únicos objetos cuyo valor, en relación con su transportabilidad, posibilitaba toda la labor de conquista y colonización. En el Nuevo Mundo no había ningún otro producto no perecedero, divisible y compacto tan valioso. Lejos de constituir una barrera para la «actividad económica productiva», el oro y la plata de América financiaron la conquista española y casi todas las actividades económicas desarrolladas en el Nuevo Mundo (además de alterar la historia política y económica de Europa).

Con un ahínco comparable, los españoles buscaban también poblaciones indígenas en los territorios conquistados. Un aspecto de este complejo proceso era la necesidad de adquirir aliados indígenas, la cuarta pauta del procedimiento de conquista. Esta estrategia era necesaria porque las expediciones españolas siempre eran menos numerosas que los pueblos autóctonos de las regiones que invadían, y porque los españoles solían desconocer por completo aquellos pueblos y territorios. Los aliados eran fuentes potenciales de información sumamente valiosa. Aportaban también un apoyo esencial en el transporte de las provisiones. Ante todo, los aliados indígenas ofrecían ayuda militar; por una parte, compensaban el potencial desequilibrio numérico de las fuerzas durante la batalla, y por otra permitían a los españoles la aplicación de la clásica estrategia de divide y vencerás. Este procedimiento no era en absoluto una estrategia excepcional ni original de Cortés

o Pizarro; todos los conquistadores se procuraban el mayor número posible de aliados indígenas, y con la máxima celeridad que permitían las circunstancias.

El quinto aspecto sistemático de la conquista era la adquisición de una categoría especial de aliado indígena: el intérprete. Se ha escrito mucho sobre la utilización, por parte de Cortés, de una noble nahua como intérprete, la célebre Malinche, y con frecuencia se ha insinuado que aquél era un ejemplo de las capacidades estratégicas superiores de Cortés. Sin embargo, éste sólo seguía el procedimiento establecido y, como cabía esperar, inició la búsqueda de un intérprete potencial desde que avistó por primera vez el continente. Para ello decidió, no sin dificultad, rescatar a Gerónimo de Aguilar, que había naufragado siete años antes en la costa yucateca, pues suponía que Aguilar habría aprendido probablemente la lengua indígena del interior.<sup>80</sup> Pero Aguilar sólo hablaba maya yucateca, no nahuatl, lengua del imperio mexicano, de modo que Cortés continuó la búsqueda. Que Malinche hablase maya y nahuatl fue una coincidencia afortunada, pero de todas formas decidieron enseñarle español.

Como sucede con otras pautas ya mencionadas, la búsqueda rutinaria de un intérprete se remonta a los comienzos de la conquista. Colón capturó y adquirió guías indígenas desde su primer viaje, guías a los que se obligó a aprender español para servir de intérpretes. Siete indígenas caribeños fueron trasladados a España en 1493 para su formación en dicho oficio. Cinco de ellos murieron pronto, pero los demás regresaron con Colón en su segundo viaje. Cuando estos dos murieron, la búsqueda de nuevos intérpretes continuó. En 1502, por ejemplo, capturaron a un indígena de América central, lo bautizaron con el nombre de Juan Pérez, y lo instruyeron específicamente para ese fin.<sup>81</sup>

A partir de entonces se documentan numerosos ejemplos similares. Hernández de Córdoba, actuando «de un modo totalmente previsible» (como observa el historiador Hugh Thomas), capturó a dos indígenas en la costa yucateca en 1517, los apodó o bautizó con los nombres de Melchor y Julián, e intentó formarlos como intérpretes. Julián, no sin renuencia, colaboró y regresó a las costas de Yucatán con la expedición de Grijalva al año siguiente, pero murió poco después. Melchor se resistió (actitud que Gómara interpretó posteriormente como falta de modales); aunque también acompañó a Grijalva, huyó en la primera ocasión que se le presentó, cuando viajaba con la expedición de Cortés. Otros intérpretes, algunos españoles pero en su gran mayoría indígenas, apa-

recen esporádicamente en los relatos de las expediciones: por ejemplo, una indígena jamaicana en la costa yucateca; un hablante de nahuatl capturado por Grijalva, bautizado con el nombre de Francisco, que sirve de intérprete a Cortés; un indio shakori de Carolina del Sur, intérprete de Vázquez de Ayllón, quien le dio el nombre de Francisco de Chicora y posteriormente lo trasladó a España; el paje español Orteguilla, que fue asignado por Cortés a Moctezuma durante el período de cautividad del emperador y muy pronto fue bilingüe; y Gerónimo de Aguilar, el español que naufragó y fue rescatado por Cortés después de ocho años de convivencia con los mayas.<sup>82</sup>

En las décadas siguientes hubo muchos otros intérpretes. Así, el papel del intérprete andino Martinillo en la conquista le valió el título de don Martín Pizarro. Gaspar Antonio Chi disfrutó de una larga carrera, en el Yucatán del siglo XVI, como noble maya y simultáneamente intérprete general de la colonia.<sup>83</sup> Las hazañas de los intérpretes indígenas como Malinche, Martinillo y Chi se deben, en gran parte, a sus propias capacidades individuales, pero también reflejan el hecho de que la búsqueda de intérpretes y su relativa aceptación en la sociedad colonial eran pautas esenciales y constantes en la conquista española.

El sexto aspecto del procedimiento de conquista consistía en recurrir a exhibiciones de violencia, o lo que es lo mismo, la utilización teatral de la agresión. Pese a la colaboración de los aliados (e intérpretes) indígenas y los ayudantes africanos, las fuerzas militares españolas se veían amenazadas y superadas por los pueblos autóctonos de los territorios que intentaban invadir. A pesar de las numerosas masacres cometidas por los españoles y la sistemática esclavización de los pueblos seminómadas del Caribe y América central, por lo general los españoles no pretendían diezmar ni esclavizar a los indígenas, sino someterlos y explotarlos como mano de obra más o menos dócil. Un medio habitual para lograr tal sometimiento consistía en hacer exhibiciones de violencia extrema con el fin de aterrorizar a un grupo indígena y convencerlo de que colaborase con las exigencias españolas. Las técnicas teatrales de intimidación reaparecen una y otra vez en los relatos de las expediciones de conquista.<sup>84</sup>

Entre las medidas violentas se contemplaba la amputación de la mano derecha (o a veces el brazo) de los prisioneros indígenas, a menudo centenares;<sup>85</sup> la matanza de mujeres y, en caso necesario, el envío de los cadáveres a su lugar de origen; y la mutilación o asesinato de individuos selectos, generalmente quemados en la hoguera o devorados por masti-

nes hambrientos, a la vista de los testigos indígenas.<sup>86</sup> Otra técnica era la masacre de indígenas inermes, y su efecto era aún más intenso si las víctimas eran mujeres, niños o ancianos (como ocurrió en la masacre de Cholula ordenada por Cortés), o si se trataba de oficiantes en una fiesta o ritual importante (como en la masacre de Alvarado en Tenochtitlán), o si las víctimas se veían limitadas por un espacio muy exiguo o hacinadas en grupo (como en los dos casos mencionados, así como en la masacre liderada por Pizarro en el séquito de Atahualpa). Como señaló John Ogilby en 1670, las expediciones españolas avanzaban con «temor, procurando conquistar sin masacrar».<sup>87</sup> Si bien los anteriores ejemplos recurren más al terror que al teatro, otras técnicas y tácticas más teatrales pretendían confundir o impresionar. Es el caso de los cascabeles que se ponía a los caballos, o el toque de trompeta combinado con disparos de armas de fuego, o el uso de cañones para derribar árboles o edificios.<sup>88</sup>

Una forma de violencia muy teatral era la captura pública de un dirigente indígena (séptimo aspecto del procedimiento del conquistador). La estrategia de Cortés que se ha valorado como su «decisión más extraordinaria» —en palabras de Todorov— y más audaz es la captura de Moctezuma, después de que el emperador mexica recibiese a los españoles en Tenochtitlán.<sup>89</sup> Aunque los españoles fueron apresados por los mexica en uno de los palacios del centro de la ciudad, mantenían a Moctezuma como prisionero para velar por su propia seguridad. El ardid funcionó durante algún tiempo, pero posteriormente, cuando Moctezuma dejó de ser útil para los españoles, lo asesinaron, si bien después dijeron que uno de los súbditos del emperador le había lanzado una piedra, asestándole un golpe mortal en la cabeza. Se ha hablado mucho sobre la sagacidad o la supuesta originalidad de esta estrategia, en la que se atribuye todo el mérito a Cortés y se denuncia a Moctezuma por no impedirlo.

Tal análisis, sin embargo, no reconoce que los españoles tomaban indígenas como rehenes sistemáticamente. La famosa captura de Atahualpa, a manos de Pizarro, en Cajamarca el año 1532 se interpreta como una hazaña tan ingeniosa y excepcional como la captura de Moctezuma por parte de Cortés, o bien se presupone que fue una imitación del caso mexicano.<sup>90</sup> En realidad, los líderes de Cajamarca —Pizarro, Benalcázar y Soto—, veteranos con más de veinte años de experiencia, habían conquistado Panamá y Nicaragua, donde capturaron dirigentes indígenas mucho antes de que los españoles conociesen siquiera la exis-

tencia de México.<sup>91</sup> Y poco antes de la expedición de Cajamarca, Pizarro había tomado como rehén al soberano indígena de la isla de Puná, Tumbalá.<sup>92</sup>

La peculiaridad de la captura de Atahualpa era su escala, la magnitud de aquel imperio indígena, las dimensiones de su territorio, la cantidad de oro y plata que exigieron a cambio de su «rescate» (los españoles lo ejecutaron de todas formas). Pero la estrategia de su captura no era en modo alguno original. De hecho, se trataba de una práctica española rutinaria desde el comienzo de la conquista. En 1493, cuando el cacique haitiano Guacanagarí parecía rehuir el dominio de Colón, los españoles de aquella expedición exigieron que se les autorizase (según señala Bartolomé de Las Casas) a hacer prisionero a Guacanagarí, pero el almirante no se lo concedió.<sup>93</sup> Sin embargo, la incertidumbre de Colón sobre cómo controlar y tratar a los indígenas muy pronto propició que prevaleciesen las prácticas españolas habituales. Un año después otro cacique haitiano, Caonabó, fue ejecutado públicamente, y a partir de entonces los españoles capturaron, extorsionaron, torturaron y ejecutaron por sistema a los dirigentes indígenas de las islas del Caribe, y posteriormente también a los de las zonas más próximas del continente.<sup>94</sup>

Cuatro décadas después del primer viaje de Colón, y poco después de la captura de Atahualpa en Cajamarca, uno de los hombres allí presentes, Gaspar de Marquina, remitió a su padre una carta adjunta a un lingote de oro adquirido gracias al chantaje del dirigente inca. Gaspar aludía a que los españoles habían capturado a uno de los «grandes caciques» locales, y gracias a ello era posible recorrer quinientas leguas sin riesgo de morir a manos de los indígenas.<sup>95</sup> Así, en pocas palabras, Marquina transmitió inconscientemente el carácter rutinario y la eficacia de la captura de soberanos indígenas.

Del mismo modo que no eran originales las acciones o decisiones de eminentes conquistadores como Cortés y Pizarro, tampoco eran exclusivas de los españoles las tácticas empleadas de manera rutinaria en la conquista. Muchos de estos aspectos formaban parte de las pautas habituales de los pueblos indígenas americanos, así como de las guerras y la expansión imperial occidental. En las décadas anteriores a las principales invasiones españolas en el continente americano, Castilla y sus reinos vecinos habían desarrollado prácticas de conquista y mecanismos rutinarios durante la anexión de una serie de territorios en el Medite-

rráneo meridional, el norte de África y el Caribe.<sup>96</sup> Por la misma época, los mexicas y los incas habían desarrollado también procedimientos de conquista en el rápido proceso de creación de vastos imperios, el primero desde el norte de México hasta la frontera con los dominios mayas, y el segundo desde Ecuador hasta Chile.

Pero el contexto general de las actividades del conquistador se ha visto eclipsado por una concepción de la conquista que domina nuestro discurso histórico sobre los acontecimientos y sus protagonistas, una perspectiva que concede primacía causal y explicativa a un puñado de hombres excepcionales. El logro colectivo, por supuesto, resulta mucho menos atractivo, y no sólo para los participantes, sino también para los lectores posteriores de la historia, pues la tendencia humana dominante es la búsqueda de héroes y bellacos. La explicación del descubrimiento y la conquista de América como fruto de la inspiración de Colón o el talento de Cortés sin duda habría sido del agrado de ambos hombres, pero se ha convertido en una barrera que impide comprender, en toda su magnitud, la «mayor cosa después de la creación del mundo». Puede que a Colón la suerte le fuera «adversa», como declaró el descubridor a propósito de su amigo Vespucio, pero la historia no lo fue, como tampoco lo ha sido en el caso de Cortés y Pizarro.